

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CÓRTEES CONSTITUYENTES.

Sesión del día 18 de Diciembre de 1869.

A las dos y media de la tarde la abrió el presidente Sr. Rivero. Se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior. El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS leyó un telegrama expresivo de que la fragata *Berenguela* había entrado en el Mar Rojo. Las Cortes acordaron haberlo oído con satisfacción.

El Sr. REBULLIDA pidió se le reservase la palabra para cuando estuviera presente el señor ministro de Hacienda.

El Sr. MUÑOZ BUENO hizo varias preguntas al Gobierno relativamente á los ayuntamientos, su elección, separación y suspensión. El señor ministro de la GOBERNACION (Sagasta) explicó las diferentes circunstancias en que se encontraban diferentes ayuntamientos con ocasión de las pasadas circunstancias, y contestó que el Gobierno por nada ni por nadie faltaría ni consentiría que faltase á la ley de ayuntamientos ni á otra alguna, estando dispuesto, en cuanto las circunstancias lo permitieran, á legalizar la existencia de los municipios, y que la elección de los ayuntamientos en aquellos puntos en que sus individuos fueron legalmente separados, se verificaría antes de la de diputados.

El Sr. MUÑOZ BUENO amplió sus preguntas manifestando si serían repuestos los Ayuntamientos de los pueblos en donde no hubo insurrección republicana, ó se reemplazarían por el sufragio universal, exigiendo en el primer caso la responsabilidad en que incurrieran las autoridades por la adopción de medidas arbitrarias.

El señor ministro de la GOBERNACION manifestó que en todos los pueblos de España hubo insurrección ó conatos de ella, y que el Gobierno exigía la responsabilidad á todo el que en ella hubiese incurrido.

El Sr. MUÑOZ BUENO anunció una interpelación sobre este asunto.

El señor ministro de la GOBERNACION expuso que estaba dispuesto á contestarla. El Sr. CALDERON Y HERCE reprodujo su pregunta sobre abusos en la Audiencia de la Coruña.

El señor ministro de la GOBERNACION manifestó al Sr. Mendez Vigo que estaba dispuesto á contestar á la interpelación anunciada sobre la conducta del Gobierno de Valladolid y la avarice dicho señor ó el Sr. Herrero.

El Sr. GOMIS pidió varios datos referentes á ferro-carriles.

El señor ministro de FOMENTO dijo que no tenía inconveniente y si satisfacción en emitir los datos pedidos que vendrían con el plan general de ferro-carriles.

El Sr. GARCIA RUIZ (D. Eugenio), presentó una exposición con 1,500 firmas de otros tantos ciudadanos, pidiendo en atención á las dificultades que ofrecía el nombramiento de monarca, se reformase el art. 33 de la Constitución y se proclamase la república.

El Sr. BENOY preguntó el por qué y en virtud de qué artículo del Código se encontraban presos en el castillo de Santa Catalina de Cádiz, los individuos del ayuntamiento de dicha capital.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que si estaban presos sería en concepto de promovedores, cuando menos de la insurrección republicana.

El Sr. BENOY anunció una interpelación sobre este asunto.

El señor ministro de la GOBERNACION ofreció contestarla cuando se formulase.

El Sr. MARTINEZ PEREZ preguntó al Gobierno si estaba dispuesto á reponer á los ayuntamientos suspensos de la provincia de Granada.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que la mayor parte de aquellos ayuntamientos eran republicanos y habían sido suspensos con motivo de la insurrección federal.

El Sr. CURIEL Y CASTRO pidió se le reservase la palabra para cuando estuviera presente el señor ministro de Gracia y Justicia, á quien tenía que hacer una serie de preguntas.

El señor ministro de la GOBERNACION contestó al Sr. Sanchez Borguella que estaba dispuesto á reponer á todos los ayuntamientos que no fueran republicanos.

El Sr. BLANC, preguntó si estaba dispuesto el Gobierno á dar cuenta de los desarmes de la milicia y á su reorganización.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que se había desarmado á la milicia que no estaba organizada con arreglo á la ley, habiendo hecho armas contra la soberanía de la nación.

El Sr. BLANC anunció una interpelación sobre este asunto.

El señor ministro de la GOBERNACION, contestó al Sr. Oria que el Gobierno había tomado las oportunas disposiciones contra los milicianos individuos que por efecto de la predicación federal habían tratado de apoderarse de varias fincas contiguas al territorio de Tortosa....

El Sr. MORENO RODRIGUEZ preguntó si podían considerarse criminales por la sola voluntad del señor ministro de la GOBERNACION, no obstante no haberse declarado tales por los tribunales.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que eran criminales todos los que se sublevaron contra la soberanía de la nación, y que eran criminales no castigados por los tribunales, como lo eran sin castigo también los diputados de la minoría republicana. (Confusión. Varias voces.)

El señor presidente restablece la tranquilidad llamando repetidas veces al orden. Después añadió:

Yo sostengo que es criminal todo el que se subleva contra las leyes, y el Gobierno lo puede estimar así y entregarlos á los tribunales para que los juzguen y dicten el fallo que corresponda.

Cierto es que ha habido muchos ayuntamientos destituidos que no han sido entregados á los tribunales, como no lo han sido S. S.; y es extraño que se dejen de dirigir cargos al Gobierno, en vez de estarle reconocidos por el favor que le deben. (Varios señores diputados de la extrema izquierda: ¿Qué favor?) El de que este señor (Varios señores diputados de la minoría republicana: Estamos aquí por nuestro derecho.) El señor presidente llama al orden.

¿Qué queréis que os diga que habeis sido legales, que habeis sido unos ciudadanos pacíficos? No tengo inconveniente en decirlo así; pero entonces, tanto peor para vosotros. Si eso fuera

verdad, ¿qué sería de vosotros después de haber comprometido á los que se han sublevado con las armas en la mano? Se diría que habeis abandonado á vuestros correligionarios que habían ido á derramar su sangre por excitación vuestra, en defensa de los principios que habeis proclamado. No creo necesario decir más.

Los Sres. Sorni, Robert y otros señores diputados de la extrema izquierda pidieron la palabra, y no habiéndosele concedido el señor presidente, manifestaron su deseo de que constase que la habían pedido.

Interpelación del Sr. Castelar.

El señor PRESIDENTE: Continúa la discusión pendiente sobre la interpelación del señor Castelar.

El Sr. Soler tiene la palabra para alusiones personales.

El Sr. SOLER (D. Juan Pablo): Debo comenzar haciéndome cargo de algunas palabras del señor ministro de la GOBERNACION.

S. S. no solo ha separado ayuntamientos republicanos, sino que ha venido aquí á lanzar sobre nosotros acusaciones injustas. Dice S. S. que el que se subleva contra las leyes merece castigo. ¿Pues cuál merece aquel que debiendo ser el principal encargado de cumplirlas, las menosprecia? Y si todos deben obedecer las leyes, como ha dicho S. S., ¿cómo hemos de consentir que no lo haga el Gobierno?

También ha dicho el Sr. Sagasta que los que nos sentamos aquí lo hacemos por merced del Gobierno; y yo, en nombre de mis compañeros, rechazo esa aseveración. Nosotros estamos aquí por derecho propio, sin que pueda decirse que algunos hemos sido acusados de participación en la insurrección de Octubre, pues á mí me habeis entregado á los consejos de guerra y he venido aquí absuelto por encima de esos consejos de guerra. Si hubierais procedido de igual modo con mis compañeros, lo mismo habrían venido. Yo he venido aquí por encima de esos tribunales prebostales, y soy diputado por el voto de mis electores.

Y voy ahora á la alusión personal que me ha movido á usar de la palabra, y para defender al ayuntamiento republicano de Zaragoza, á quien el señor ministro de la GOBERNACION, mal informado sin duda, atribuyó ilegalidades. Decía su señoría que este ayuntamiento, mientras dejaba morir por falta de auxilios á los enfermos de los hospitales y á los niños de la inclusa, pensaba en comprar fusiles. El señor ministro de la GOBERNACION debía saber que la inclusa y los hospitales no están á cargo del ayuntamiento de Zaragoza, sino de la diputación provincial, que es monárquica; y en defensa de esta añadiré que quien en realidad tiene la culpa es el Gobierno que no paga la renta del 80 por 100 de los bienes de propios y la debe 60 á 80,000 duros.

Que el ayuntamiento compraba fusiles. ¿Y qué había de hacer cuando sus reclamaciones no eran oídas, y mientras que se negaban armas á los republicanos se daban á los monárquicos? El ayuntamiento incluyó en su presupuesto una cantidad para comprarlas, y no solo los contrabuyentes, sino también la diputación provincial, aprobaron ese crédito.

Veán, pues, los señores diputados cómo respaldase la arbitrariedad del Gobierno. Sin embargo, yo no vengo aquí á pedir que se reponga al ayuntamiento de Zaragoza, que volverá á su puesto siempre que haya elecciones libres, sino que se cumpla la ley; y esto es, señores ministros, lo que siempre os hemos pedido; porque cuando así sucede, yo estoy seguro de que el pueblo de Zaragoza nos dará la razón á los republicanos.

El señor ministro de la GOBERNACION: Conociendo la situación en que se encuentra el señor Soler, creo que pueden pasar sin contestación algunas de las cosas que dice. S. S. sabrá por qué quiere meter tanto ruido, y metió tan poco cuando á sus amigos era necesario.

Por lo demás, ya sé yo que el ayuntamiento de Zaragoza hizo muchas cosas, entre ellas la de haber servido á S. S. de custodia durante el fuego, pues S. S. hacían discursos acalorados y había excitado al pueblo á la batalla, y luego no estuvo en ella. Nada digo sobre esto: disolpese S. S. como pueda con sus amigos, pero no lo haga á costa del Gobierno.

El Sr. SOLER: En primer lugar, es falso que yo haya excitado al pueblo á la insurrección; lejos de eso, he encargado siempre á mis amigos el respeto á la ley, y he procurado inculcarles la idea de que con la ley y por medio de la paz llegaremos al triunfo de nuestras doctrinas.

Pero después de todo, yo no necesito rehabilitarme en Zaragoza, donde soy bien conocido por mis ya antiguas doctrinas republicanas, y me basta además para estar tranquilo el testimonio de mi conciencia. Señores, cuando despus de oír las palabras del Sr. Sagasta yo no predico la insurrección, ¿cómo la he de haber predicado antes?

El señor ministro de la GOBERNACION: Dice el Sr. Soler que si sus amigos se echan á la calle los llamo facciosos, y si se están en sus casas los llamo cobardes. Y preguntaba: ¿qué quiere el señor ministro de la GOBERNACION? Que no os echeis á la calle, ni os escondáis cuando otros se echan por vuestras excitaciones: que la ley, y solo la ley, sea vuestro escudo y vuestra defensa. (Varios señores diputados: Y de todos.) Y de todos. Entonces tendrán que observarlos todos. Entre tanto, si presenciando de la ley cogéis el trabuco, ¿cómo queréis que tengan fuerza vuestros cargos respecto á si el Gobierno ha faltado ó no á ella?

Por lo demás, me alegro de las explicaciones que ha dado el Sr. Soler; pero eso digaselo S. S. á sus compañeros y correligionarios, que han sido los que han promovido el conflicto de Zaragoza, como en otras partes. Si S. S. ha predicado la paz y el respeto á la ley, quiero decir que sus amigos son los que han faltado á su deber al no hacer caso de sus predicaciones y perturbar el orden, y á ellos, y no al Gobierno, es á quien debe hacer cargo S. S.

El Sr. Rebullida pide la palabra para una alusión personal y le es negada.

El señor CASTELAR: Señores diputados, no comprendo el calor que ha dado á este debate el señor ministro de la GOBERNACION, si no me lo explico ó por tendencia ciega á la reacción, ó por un instinto inconsciente de suicidio. No parece sino que el Gobierno está fuerte y muy seguro de su posición parlamentaria, cuando así provoca á sus enemigos. Resuelto á conservar toda la calma compatible con el amargo de las censuras y lo rudo de los ataques, voy á contestar á las vehementes palabras con que el señor ministro impugnó mi discurso del sábado.

Rechazo las insinuaciones dirigidas contra los federales con ocasión de la pregunta del señor Oria. Los que despojan de su propiedad al propietario, no pertenecen á ningún partido; son reos de la justicia común del país. No nos imputemos esos hechos, que tienen su castigo en todos los códigos y has en todas las lenguas, porque al imputárnoslos manchais con ese lodo toda la Asamblea.

Decías S. S. en el discurso del sábado que nosotros aspiramos á desmembrar el territorio nacional. No; un partido que quiere la confederación europea y que aspira á unir pueblos desunidos, no desunirá nunca pueblos unidos por la tradición y por el derecho.

Y seguía el señor ministro atribuyendo toda suerte de crímenes á la insurrección republicana. Yo no conozco ninguna insurrección republicana en el mundo, desde la insurrección de Catilina en Roma hasta la insurrección de Junio en Madrid, que no haya sido maltratada por los vencedores. Acordaos de cuando el poder venido os presentaba con las manos puestas en los cerrojos de los presidios para entregar la sociedad al saqueo, y el rostro salpicado de la sangre de los oficiales de artillería asesinados en los cuarteles.

Pero la insurrección federal, descartando los sucesos de Valls que todos condenamos, ¿qué crimen ha cometido? ¿Duenos fuimos, duenos fueron mis amigos muchas horas, y hasta muchos días, de Barcelona, de Zaragoza, de Valencia sobre todo, y yo os pido que me señaleis los crímenes que allí hayan cometido. Ninguno, absolutamente ninguno; antes han respetado todos los derechos en cuanto lo consienten los furios de la guerra.

Después de haber pintado el señor ministro de la GOBERNACION tan pavorosos cuadros, nos ha dicho que había violado las leyes. Pues nada tiene que echar en cara á los rebeldes. Ellos han combatido con las armas, y S. S. con la autoridad. Todos sois rebeldes: solo que mis amigos son rebeldes perseguidos y castigados, mientras que S. S. es rebelde impune que desde el banco al cual le habíamos alzado para que cumpliera las leyes, las ha roto, jactándose todavía soberbiamente de su gran atentado y de su punible desatado.

Y aun nos habla S. S. de perdón! Si alguien aquí necesita ser perdonado, es S. S., reo convicto y confeso de atentado contra las leyes. Si S. S. me dice que yo soy criminal, yo le digo que S. S. no es mi juez; pero como yo soy diputado y S. S. ministro, está sujeto á la responsabilidad que los diputados debemos exigirle, y yo soy su juez y S. S. mi reo. Rechazo, pues, un perdón que no necesito. Y si mereciendo unos y otros castigo hay quien está aquí y quien está en la emigración ó en el presidio, los que aquí estamos somos vivos monumentos de la arbitrariedad y del capricho del Gobierno.

La violación mas flagrante de la ley ha sido la cometida con los municipios.

Jamás justificará S. S. su proceder con los ayuntamientos. Castigarlos sin competencia para ello, disolverlos sin forma de juicio, es un procedimiento que recuerda la expulsión de los judíos y de los moriscos. Si mis amigos no pueden ejercer los cargos municipales, tampoco deben levantar las cargas municipales. Todo deber es el correlativo de un derecho.

El día que los ayuntamientos suspensos se dirijan á los tribunales, yo aseguro que los tribunales les harán justicia, si no quieren pasar por sayones del despotismo. El día que pidan su reposición á las Cortes, yo estoy seguro que las Cortes los repondrán, si no quieren pasar por cortesanos de la dictadura. Ante todo, y sobre todo, la ley. Aún puedo yo recordar una definición de la libertad, que aceptan todos los partidos de esta Cámara. La libertad es el derecho que tienen todos los ciudadanos de obedecer solo á la Ley. Legisladores, si consentís que el ministro de la GOBERNACION rasgue las leyes que vosotros dais, idos de aquí, porque las Asambleas que tal desatado consenten, reducen á una verdadera farsa. (Aplausos en la izquierda.)

La insurrección republicana ha sido de suyo formidable; los periódicos monárquicos la han agrandado; y sin embargo, ni la sociedad ha sentido terror, ni ha reclamado la dictadura. Es ley también de las revoluciones que los intereses heridos por estas grandes tempestades se rehagan pronto y pidan la restauración. Pues la restauración está aquí de tal manera aniquilada, que nadie levanta por ella pendón, y los jefes de los partidos conservadores dicen que la restauración sería una gran calamidad para la patria y una gran vergüenza para todos nosotros. ¿Y no encontráis en esos tres hechos tres grandes fundamentos para levantar un Gobierno?

La situación de este ministerio, colocado entre una derecha y una izquierda formidables, y sin ánimo para inclinarse ni á uno ni á otro lado, tiene una exacta definición en mecánica. A es la llaman los mecánicos equilibrio inestable. Y ese equilibrio no puede durar mucho tiempo. ¿De qué naturaleza esta situación extraordinaria? Nace de que el ministerio se ha empeñado en que la forma de gobierno es asunto de elección. Y la forma de gobierno se ha impuesto siempre á los pueblos, no por combinaciones artificiales de los partidos, sino por las fuerzas sociales, por las necesidades imperiosas del momento, por la inspiración revolucionaria.

¿Qué forma, señores diputados, de gobierno ha traído consigo nuestra revolución de Setiembre? La república, si, la república. Declarásteis la monarquía á los quince días del triunfo. ¿La hicisteis? ¿Declarásteis por la monarquía en los comicios? ¿La hicisteis por eso? Declarásteis la monarquía en las Cortes. ¿La habeis por eso hecho? Teneis ahora unos y otros candidato: el del partido conservador es representante de las clases medias, y no puede venir porque lo rechaza el pueblo; el vuestro, radicales, un candidato provisional, traído para engañar á Europa con una apariencia de monarquía, pues no prevalecerá, porque no podeis fundar institución tan conservadora como la institución monárquica sin el apoyo de los conservadores. No podeis, pues, fundar la monarquía.

Ahora bien: fijad la atención sobre este paralelismo, antes el rey era la imagen de la dignidad nacional y ahora desde esos bancos se dice que los reyes han vendido la patria al extranjero y se han arrastrado á los pies del conquistador, mientras el pueblo contestaba al conquistador con el Dos de Mayo y el sitio de Zaragoza.

Antes la pintura trazaba con el pincel de Ticiano la apoteosis de Carlos V, y con el pincel de

Velazquez las meninas de Felipe IV; ahora el pincel traza la imagen de los Comuneros, de las víctimas de Carlos V, ó la barca en que los puritanos llevaron la república á la virgen América.

Antes, cuando llegaba un aventurero ó un navegante á los costas de América, á los confluente del Misisipi, al Amazonas, á las montañas de Méjico, el oro más puro, la parte más grande, el diamante más claro eran para el rey; y ahora vuestros ministros de Hacienda reclaman de los reyes hasta el corchete con que sostenían en el manto real sobre sus hombros.

Así es que cuando no hay posibilidad de fundar la monarquía, no debe la monarquía fundarse. ¿No habeis dicho que las formas de gobierno no son accidentales? Ya sabeis la república que yo quiero. Yo quiero la república federal. Pero la república es una institución tan flexible, que admite muchos grados: compáradla Venecia con Suiza: Ved junto á Méjico Guatemala; cerca de la Confederación argentina, muy federal, Chile, más centralizada y no menos rica.

En este grande apuro, escoged la república. Aún podeis reformar legalmente el art. 33. Mirad que no es posible fundar una esencia sin darle su forma propia. Poderes más fuertes que vosotros lo han intentado y no lo han conseguido.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Mi amigo el Sr. Castelar, si S. S. me permite la comparación, ha hecho como los caballos de sangre, que en cuanto sienten la espuela escapan y se precipitan hasta el abismo. Hoy le he visto escapado, enojado y aun iracundo, hasta el punto de cometer una enorme indiscreción haciéndome cargos al Gobierno porque ha sido benigno atendiendo á las súplicas de S. S. y de sus amigos para que se mostrase misericordioso con aquellos á quienes hubiese podido aplicar el rigor de las leyes. S. S. ha llevado su indiscreción al extremo presentando como prueba de la arbitrariedad del Gobierno el que se encuentren en este sitio. Abandono al juicio de la Cámara y del país la discreción que pueda haber en esas palabras.

No creo que haya muchos correligionarios de S. S. que puedan agradecerles, hallándose todavía bastante sujetos al fallo de los tribunales, y estando en su derecho el Gobierno para no merecer las censuras del Sr. Castelar al decir que se cumpla la ley, lo cual pudiera ponerles en gran zozobra sobre la suerte que les pudiera caber.

Afanoso S. S. por aglomerar cargos contra el Gobierno y sus agentes, ha citado lo ocurrido en la Bisbal con el que fué nuestro compañero, el Sr. Caimó; y ha dicho que este se dirigió á la fuerza que atacaba á la Bisbal, y creyendo encontrar un parlamentario, halló un carcelero. Debo explicar cómo pasaron las cosas. El señor Caimó estaba defendiendo la Bisbal, y el entonces señor brigadier Crespo la atacaba; pero como este llevaba solo dos batallones y dentro había á 6,500 hombres, no pudo al pronto vencer la resistencia.

Durante el ataque, Caimó se dirigió á su adversario con una bandera blanca; Crespo mandó cesar el fuego; pero los insurrectos volvieron á romperle mientras estaban en conferencia, y entonces el brigadier Crespo cogió á Caimó y se le llevó prisionero, para lo cual estaba en su derecho; porque si Caimó no tenía autoridad para hacerse obedecer de los suyos, no debió haberse metido á mandar gente tan indisciplinada.

Pero el Sr. Castelar, discutiendo sobre la situación del Gobierno, al cual cree aislado, solo y en el vacío, pregunta cuál es esa situación. ¿Pues qué! ¿no la conoce S. S.? ¿No es verdaderamente constitucional? ¿No merece la confianza del jefe de Estado? Si así no fuera, si no mereciese la confianza del jefe del Estado y de la gran mayoría del país, ¿si así no fuera, si no mereciese la confianza del jefe del Estado y de la mayoría de las Cortes, no seguiría en el puesto en que se encuentra con la bandera de la libertad en la mano, para defenderla de toda clase de enemigos.

Pero en lo que más ha insistido el Sr. Castelar, es en demostrar que la monarquía es imposible en España; que no la hemos podido fundar; que no tenemos rey; y por lo mismo nos conjura á que proclamemos la república, cuando la España no es republicana.

Pero el Sr. Castelar, desoso de meter cizaña, dice que los conservadores tienen su candidato, y que nosotros no lo tenemos. Esto no es exacto: le hemos proclamado, y somos los más, porque para la elección de rey hemos de tener poco en cuenta la más ó menos ó ninguna voluntad de los federales, porque todos los han de encontrar malos, lo mismo al duque de Génova que proclamamos nosotros, que á otro ilustre personaje que proclama la unión liberal, que á otro que cayera del cielo.

Por eso descarto sus votos, como los de los legitimistas. Separe, pues, S. S. los votos de los republicanos y los de los legitimistas, cuente los votos que quedan en la Cámara, y verá que nuestro candidato tiene las cuatro quintas partes de la mayoría. (Risas en los bancos de la izquierda. Pueden reírse lo que gusten los señores de enfrente; pero con esa risa se quiere negar la evidencia, es una risa insensata. La mayoría quiere monarquía y quiere rey, y hoy abriga la misma confianza que ayer, de que pronto tendremos rey, porque nada hay en contrario.)

Pero aun admitiendo la hipótesis de que no hubiera pronto rey, ¿sería el primer país que encontrara grandes dificultades para fundar una dinastía? En las naciones donde desde luego ha habido un candidato natural, esas dificultades no han sido tan grandes: pero porque nosotros no lo tenemos, ¿cómo de perder toda esperanza y no hemos de ir á la república? Procure el Sr. Castelar hacer prosélitos donde la ley se lo permita, y dentro de unos cuantos años veremos cómo está la opinión del país; pero por hoy no vacilo en asegurar que las nueve décimas partes de la nación son de monárquicos.

Como no es mi ánimo contestar á todo el discurso del Sr. Castelar, sino en lo que concierne al hecho de la Bisbal y á sus palabras sobre la monarquía, término aquí manifestando al señor Castelar que abriga la esperanza de que muy pronto tendrá el disgusto de ver al rey.

El Sr. CASTELAR: Diré breves palabras para rectificar. El señor presidente del Consejo ha censurado el calor con que me he expresado, cuando yo creía haber estado más templado que en otras ocasiones; pero si no ha sido así, será efecto de las inculpaciones injustas que se han lanzado á mi partido; no por deseo de faltar á la gran solemnidad que debe reinar en estos debates.

Se dice que hemos pedido benignidad para los

venidos; para nuestros amigos sí, pero no para nosotros. Lo mismo la hemos pedido para los caristas y para todo sentenced á muerte, porque no queremos verdugo en nuestra patria. Pero aun suponiendo que en todo esto pudiera haber favor, ¿no deja de haberle desde el momento en que se echa en cara?

Dice el señor presidente del Consejo de ministros que la situación del Gobierno es parlamentaria; pero ¿no vé S. S. que hay cuestiones como la del Clero y la del monarca, en que puede quedarse en minoría ó separado de un lado importante de la Cámara?

Dice S. S. que España no es republicana. Hubiera habido más imparcialidad en las elecciones, y hubiésemos visto si era ó no republicana. S. S. nos aplaza para dentro de algunos años, y es preciso que tengamos en cuenta que las monarquías no se fundan para años, sino para siglos, y que necesitan más sólido fundamento que la voluntad de S. S.

El Sr. FIGUERAS: Antes de entrar en el fondo de la cuestión, debo hacermos cargo de algunas palabras del Sr. Sagasta que tengo interés en aclarar. Si S. S. ha querido decir que estamos aquí por su perdón, esto lo rechazamos. Si hemos tomado parte en la sublevación, si hemos instigado para ella, cosas son estas de nuestro gobierno interior. S. S. no puede tratar esta cuestión sino bajo el aspecto legal. ¿Y qué motivo legal tiene para decir de nosotros lo que ha dicho? Y si lo tiene, ¿para qué no entregamos á los tribunales? S. S. ha hecho lo posible para llevarnos á ellos y para que un voto de censura nos arrojara de esta Cámara. ¿Pues qué! ¿no sabeis todos que ha ocurrido aquí lo que no ocurrió ni aun en la Convención? ¿Dónde está la facultad de la mayoría para autorizar previamente á los tribunales á que nos persigan? Pues no contentos con esto, se ha llevado á los tribunales una proclama de un digno compañero nuestro. ¿Y qué ha resultado? Nada. ¿Es que el juez ha caído porque así se lo ha recomendado el señor Sagasta? No; es porque no ha encontrado medios para proceder. El perdón, pues, no es tal perdón, y en todo caso lo rechazamos.

Antes de entrar también en el fondo de la cuestión, tengo que hacermos cargo de lo ocurrido con el Sr. Caimó. El señor presidente del Consejo de ministros lo ha explicado á su manera, pero según mis noticias, de un modo inexacto. El Sr. Caimó estaba al frente de los sublevados; atacado por las tropas al mando del brigadier Crespo, no pudieron estas penetrar más que en la entrada de una calle, y entonces, no el señor Caimó, sino un capitán que llevaba una bandera blanca, dijo que quería parlamentar. Caimó no estaba en la barricada, sino en el castillo; pero al aviso acudió, y al saber que lo que se solicitaba era que cesaran las hostilidades, contestó que no había para esto más medio que rendir las armas. El capitán no aceptó, y le propuso entonces que se avisara con el Sr. Crespo que se hallaba detrás de unos pajares. Haciendo ido allí, le repitió lo mismo; sin saber cómo, se rompió el fuego, y entonces fué preso y conducido á Gerona. No quiero saber quién rompió el fuego, y yo me limitaré á decir que la teoría del general Prim es ilegal é inhumana. No hay un juriscónsulto en esta Cámara que sostenga que existe el derecho de apoderarse de ese modo de un parlamentario.

Voy á entrar ya en el fondo de la interpelación, que versa sobre la política interior y exterior del Gabinete. De la política exterior apenas se ha hablado, y yo me abstengo de hacerlo por lo avanzado de la hora y porque trato de abreviar.

Se hace un cargo á esta minoría por la última sublevación que no ha sido más que una defensa contra los ataques de los derechos individuales, y voy á demostrarlo. Todos sabeis que la cuestión que ha acorrido más al Gobierno á personas que tenían ideas republicanas era la de los derechos individuales, que estos creían ver asegurados; y la verdad es que donde estos derechos se han respetado, la paz ha seguido inalterable. Así es que al paso que ha habido que deplorar los sucesos de Tarragona, ha habido manifestaciones en Tortosa y Zaragoza sin que ocurriera ningún acontecimiento desagradable. Prueba de que no se altera la paz allí donde se respetan los derechos individuales; y aquí viene la cuestión de qué son los derechos individuales para lo cual voy á recordar lo que decía el Sr. Martos acerca de esta asunto, contestando al Sr. Alvarez, en la sesión del 22 de Abril. (Leyó.)

Esa es la declaración terminante de los derechos individuales. ¿Puedo yo hablar en virtud de esos derechos, en público, de la Constitución, llevar banderas y dar vivas? Es claro y evidente que sí, mientras que con mi acto no ataque el derecho de un tercero, y aun en este caso tiene que hacer el Gobierno, sino el juez de primera instancia, como no ha tenido nada que hacer en una tentativa reciente de asesinato y en otra de robo á un compañero nuestro.

El señor ministro de la GOBERNACION, á la raíz de los sucesos de Tarragona, dió un acírculo hipocrita y fariseico como todas las suyas, por la cual impedía las manifestaciones con lemas en las banderas; y entonces el partido republicano creyó atacados los derechos individuales, y se lanzó á la lucha, porque creyó que había un plan preconcebido para desarmar la milicia; se quería, como ha dicho el Sr. Castelar, restaurar el prestigio monárquico completamente perdido.

Se tomó pretexto del hecho de Tarragona, y se faltó á la ley cuando se dijo que se impedirán los vivos; así como se faltó cuando se desarmó la milicia ciudadana de Tarragona, que no había hecho armas contra nadie, á pretexto de que no había dado auxilio á la autoridad.

Inmediatamente después se desarmó la milicia de Tortosa. ¿Y por qué? ¿Porque apoyaba la manifestación tumultuaria de allí? No; no era ese el parte oficial; se ha dicho eso para justificar aquel acto inicuo, principio de una reacción injustificada. Se disolvió porque se dijo que trataba de oponerse á la prisión del Sr. Pierrad, y esto no salió luego cierto.

Las dos milicias desarmadas antes de la sublevación fueron, pues, injustamente disueltas. ¿Y en Barcelona? En Barcelona lo mismo. Unos comandantes acudieron á las Cortes protestando contra los desarmes de Tarragona y Tortosa, y el Gobierno desarma la milicia porque dice que como los jefes no eran nombrados por el Gobierno, no podía estar destituidos; pero S. S., convencido de la falta de fundamento de esto, dijo luego que era porque los milicianos andaban esparciendo la alarma. Esto no es exacto; ningún miliciano hizo eso. El pueblo veía que se iba en un camino de reacción, y se sublevó, y en mi

concepto hizo bien, por más que aquella sublevación haya perjudicado al partido.

Esto sucedió después de los viajes del señor ministro de la Guerra y del Sr. Silveira; el pueblo creía que se trataba de imponerle un rey, y he aquí los motivos de la sublevación.

El Sr. Sagasta, al contestar á mi amigo el señor Castellar, tomó tres puntos de defensa, y yo estoy seguro de que casi ninguno aquí acepta sus ideas. S. S. presentaba una política que no puede aceptarse ni por los absolutistas, ni por los que quieren también el respeto á las leyes. Todos saben, señores, cómo se presentó aquí la ley de suspensión de garantías. Esta ley decía que solo duraría la suspensión mientras durara la insurrección á mano armada. El Sr. Sagasta dice que se la mantuvo mientras no se apaciguaba el país; pero en leyes tan odiosas como esta hay que dar una interpretación estricta. Pero hay más; esta ley que tiene esta cláusula no necesita otra ley para su derogación, y sin embargo ha venido esa otra ley, cuando bastaba con una declaración del Gobierno, y se han tardado algunos días en votarla.

Y después de votada, y cuando no necesitaba sanción y se había aprobado por unanimidad, ¿por qué no se ha publicado en la Gaceta? ¿Por qué se ha usado de la ley ya derogada para dar garrote á un hombre? Este es un verdadero asesinato jurídico. ¿Puede acaso, votada esa ley y antes de publicarse, agarrarse á un hombre juzgado por un tribunal que ya no podía funcionar? Yo supongo que aquel desgraciado era culpable. Yo tengo bastante buena idea de los tribunales, aunque sean extraordinarios, para creer que no condenan á un hombre á muerte sin motivo; pero el hecho es ilegal, y S. S. necesita más perdón que nosotros, y es más reo, mientras no reciba un bill de indemnidad.

El Sr. Sagasta dice que una vez que una persona rompe la ley, no tiene derecho á reclamarla. ¿Dónde ha aprendido S. S. esta teoría? ¿Hay nadie que pueda aceptarla? Pues entonces las leyes penales están todas de más.

Decía también S. S. que ha suspendido los ayuntamientos porque son cuerpos políticos y porque todos habían tomado parte en la sublevación; y yo niego eso hecho que S. S. debía haber probado, porque debía dar cuenta á las Cortes de lo que había hecho, si había de cumplir con la ley. El ayuntamiento de Pontevedra ha sido separado sin que allí haya habido sublevación, y también se ha separado á dos diputados provinciales. El de Córdoba ha sido separado, y al que le ha sustituido se le dan todos los recursos que antes se negaban al otro; el de Granada lo ha sido también, y todos ellos por el antojo del señor ministro, que cree que no tiene necesidad de volver á colocarnos en sus puestos. Yo pregunto á S. S.: ¿es acaso el ser republicano cualidad que incapacita para ejercer cargos públicos? Pues el capitán general de Granada decía que se separase á todos los que fueran republicanos. En la provincia de Jaén se han depuesto ayuntamientos en masa, y en la misma provincia de Badajoz se han depuesto 31, de los cuales no había más que seis republicanos; bien es verdad que en esa circunscripción hay que hacer unas elecciones.

Señores, no ha quedado en pie la mitad de los ayuntamientos elegidos por el sufragio universal, y esto es injusto; y todo esto que se oponga á la reintegración de todos aquellos que no han sido encausados, es ilegal; y si se hacen elecciones sin volverlos á sus sillones, esas elecciones serán írritas; y si viene aquí un rey en virtud de ellas, su venida será ilegal, y no deberá obedecerse sino cuando no se pueda hacer otra cosa. (Aplausos en la izquierda.)

«Cree S. S. que no tiene que hacer siquiera lo que hizo González Brabo en Alicante? Pues entonces S. S. creará también que esa facultad de no reponer los ayuntamientos debe ponerse en la ley de orden público; y yo creo que no creyendo eso, repondrá S. S. los ayuntamientos, porque eso ha dicho S. S. que lo hará antes de las elecciones de diputados. Pues bien; ya sabe S. S. que nosotros consideraremos ilegales esas elecciones, á no ser que haya elecciones de ayuntamientos antes que las de diputados á Cortes.

Los mismos argumentos que respecto de los ayuntamientos podría hacerse sobre los presos que han sido juzgados; pero prescindo de esto. Nosotros tenemos el deseo de que la ley se cumpla; mientras esto se haga, inculcaremos al pueblo la idea de que es necesario esperar á que las ideas germinen; pero le inculcaremos también la de que en el momento en que la ley se rompa, el derecho de insurrección está vigente, y no debe mirar para empuñar las armas otra cosa que el bien de su partido.

He dicho.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Sr. Figueras ha tenido por conveniente contradecir el relato que yo hice de lo sucedido en La Bisbal, y aunque yo estaba allí, aseguro que la iniciativa de parlamento partió del señor Crespo. S. S. está completamente equivocado; no hubo tal capitán que pidiera parlamento; la iniciativa partió del Sr. Caymó, que se presentó al coronel Jorbalan, quien le llevó el jefe de la división; y entre las apasionadas noticias de S. S. y las oficiales que yo tengo, opto por estas últimas. Consta, pues, que los hechos han ocurrido como yo dije.

S. S. hace un cargo gravísimo al Gobierno, del cual he de ocuparme yo. El Gobierno no tiene las manos manchadas de sangre, y ¡ojala que S. S. en todo lo que le resta de vida, las tenga tan limpias como el Gobierno! De dónde ha sacado S. S. que porque cambien las circunstancias no se ha de llevar á efecto la sentencia de un tribunal que la ha dictado legalmente? Y tengase en cuenta que el agarrado en Vall de Aro fue de asesinato, de robo, violación é incendio. El tribunal le condenó bien condenado; y aun cuando por efecto de la derogación de la ley suspendiendo las garantías pudiera decirse que el tribunal no funcionaba, la sentencia debió ejecutarse.

El Sr. FIGUERAS: Los amigos que á mí me dan noticias pueden ser tan veraces como los que las dan á S. S.; pero yo tengo además el dato de la causa, en la cual no resulta eso, porque no hay consideración, á pesar de que hay la pena de muerte. En toda la causa no hay una sola declaración de vecinos de La Bisbal, y no hay resultancia en esta sentencia; pero nosotros pediremos la causa, y entonces se verá lo que hay.

Respecto á la segunda parte de la rectificación de S. S., considero ilegal el acto de Vall, porque no sabemos si la sentencia se dictó antes de levantar la suspensión; y de todos modos el tribunal que juzga es el que hace ejecutar la sentencia, y no podía hacerlo si no estaba vivo por haberse derogado la ley de suspensión de garantías.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No voy á pronunciar un discurso, porque ya lo he dicho lo que debía decir en esta cuestión; voy solo á rectificar algunos conceptos y á responder á algunas preguntas del Sr. Figueras.

El Sr. Castellar, arrepietido sin duda de que el otro día no estuvo muy duro conmigo, ha tomado el acto de lo que yo he dicho hoy, que no ha sido atribuir los crímenes al federalismo, sino á las predicciones de algunos federales. Porque es cierto que no todos los federales son malos; pero lo es también que todos los malos se han hecho republicanos federales, y así es que ese partido predica las cosas más atroces. Aquí tengo un periódico que dice lo siguiente:

«¡Ah! seguros estamos de que no habrá un solo español digno de este nombre, que no conteste: ¡Abajo los tiranos! ¡abajo los infames! ¡abajo los traidores! ¡abajo los hipócritas! ¡ruen-

den sus cabezas! ¡si así lo exige la salvación del país, si así lo necesita el esplendor de su honra, si lo há menester, si es absolutamente indispensable para el establecimiento de la república.

El ciudadano Orensé ha dicho en la Asamblea que será preciso un 93 con guillotina.

Pues bien: aquí estamos para ayudarte, ciudadano Orensé. Hoy levantamos nuestra voz en apoyo de tu idea, porque, como tú, gran ciudadano, creemos indispensable ese 93, que fué la salvación de la Francia, que le llevó el bien, que le conquistó la civilización, que le produjo la gloria.

«Diputados republicanos! constituir cuanto antes la convención. Proclamar desde luego la república. Establecer inmediatamente un comité-tribunal de salvación; y declarar guerra á muerte á los verdugos de la patria, que oprimiendo la saquearon y escarnecieron: á los hipócritas infames que con la máscara de liberales la vilipendian y empobrecen, haciéndose ellos poderosos á costa de su sangre: á los traidores que siempre vendieron sus conciencias al oro ó al poder, y hoy acechan como tigres la ocasión oportuna de apoderarse de la presa por medio de un golpe de Estado como el del año 56. á los asesinos, en fin, que mandan fusilar, y á los que ejecutan sin ninguna clase de juicio y sin oír á la víctima, y sin atender sus lamentos: y á todos cuantos no sean fieles amigos, partidarios leales de la libertad y de la patria.

«Buenos españoles! pensad un momento en que esta peligras, en que necesita grandes remedios, en que si no se aprovecha la ocasión, seréis sumidos pronto y sin que nadie os lo advierta, en el abismo de la miseria. Figuraos que vais practicando el bello ideal de González Brabo en su persona, en la de Juan el Cruel, en la de Páco el Tonto.

«Y no quiero leer más. Vea el Sr. Figueras y el Sr. Castellar si yo tengo motivo para decir lo que digo. Conoced el mal que tenéis dentro de vuestro seno, y haced por arrojarlo de él.

Tampoco he atribuido los crímenes al partido federal: he dicho que á la sombra de las complicaciones políticas agazaban sus puñales los bandidos, y así es que dije que llegó un momento en que no se trataba de blancos ni de rojos, sino de ladrones y de asesinos, á los cuales era preciso cortar el camino á toda costa.

S. S. podía, pues, haber economizado su cólera de hoy; y como me extraña haber sido mal entendido por S. S., creo que no estaba satisfecho de la dureza con que me trató ayer.

También S. S. ha padecido una grandísima equivocación. Ha creído también que yo hablé de las huelgas de los trabajadores como de un motín, y solo hablé de ellas como una complicación mas, cuando tantas teníamos. Yo decía: cuando tanto hacíamos por defender la integridad del territorio en lejanas tierras, y nos amenazaban carlistas, isabelinos y federales, como si no bastase esto, venían las huelgas de los obreros, sin que yo hiciera más que lamentarme de que en estos momentos de angustia pidieran ese aumento de jornales, presentando esa dificultad más.

Ha hablado S. S. del ayuntamiento de Segorbe; ¡vaya un argumento para traerlo á cuento cuando se trata de la política general! Por lo demás, la vuelta del Sr. Ricard está conforme con las instrucciones del Gobierno.

S. S. ha hablado de la monarquía, y nada tengo que decir sobre esto; yo soy monárquico, su señoría no, y por consiguiente tenemos que diferir completamente en este punto.

Decía S. S. que yo tenía vehemencia de reacción, y de lo que la tengo es de libertad; y temo á vuestras exageraciones, que son el mayor peligro para la libertad, á la que tanto bien podáis haber hecho; y si seguís por ese camino, los derechos individuales serán derechos inaguantables. Yo he visto personas que todo lo han sacrificado por la libertad, que se quajan de que hoy que creían haber alcanzado el logro de sus deseos, no tienen libertad alguna.

No es, pues, que yo tenga vehemencia de reacción: ¿á donde iría yo con ella? Donde veo un peligro para la libertad, acudo á estirparlo como puedo, haciendo un gran bien al país.

Decía S. S.: ¿qué tenemos que agradecer al Gobierno? Serracalla, Caymó y otros han sido condenados. Verdad; pero el Gobierno ha permitido que el Sr. Serracalla viva fuera de aquí en completa libertad; y el Sr. Caymó, condenado á muerte, ha ido, como el Sr. Serracalla, á vivir en libertad mientras lo exijan las circunstancias en que nos encontramos.

«No lo queréis agradecer? Sea en buena hora; porque vosotros sois ingratos, nosotros no hemos de dejar de ser generosos. Pero decid que el favor que se echó en cara no es favor. ¿Y quién os lo ha echado en cara? Si vosotros no habierais dicho que el Gobierno ha derramado ríos de sangre, que ha cometido tantas y tantas tropelías, yo no hubiera tenido necesidad de salir á su defensa y demostraros que lejos de haber sido sanguinarios, hemos sido clementes.

Y voy á hacerme cargo de la observación con que comenzó el Sr. Figueras. Daba S. S. mucha importancia á que yo hubiera dicho que habíamos perdonado á la minoría republicana, merced á lo cual muchos no tenían el grillete que debían llevar en uno de nuestros presidios. ¿Y de dónde sabe eso el Gobierno? preguntaba S. S. Pues yo le contestaré á S. S. que lo sabemos por hombres de esa misma minoría, á quienes yo considero veraces y honrados. Lo sabemos por el Sr. Noguero, el cual cuando se presentó tuvo que confesar que se había echado al campo porque así lo había acordado en una reunión la minoría republicana. (Un señor diputado: No es exacto.) Ya lo veremos.

Entre tanto, continué diciendo que lo sabemos, porque así lo han dicho en sus manifestos diputados republicanos que han tomado las armas, como el Sr. Suñer y Capdevila, el cual lo ha dicho terminantemente, sin que vosotros lo hayáis desmentido, en estos términos.

«El consejo federal y la minoría republicana reunidos en Madrid acordaron por unanimidad que los diputados todos, exceptuando unos pocos cuya presencia es en Madrid en estos momentos supremo necesaria, saldrían para sus provincias respectivas al objeto de levantar más que nunca, y en esta ocasión sostenerla con las armas, la bandera de la república democrática federal.»

Lo sabía el Gobierno por vosotros mismos, pues llegó un instante en que anduvisteis tan torpes ó tan locos, que estando los rebeldes con las armas en la mano os reuniais en Madrid para ver la manera de auxiliar la sublevación, y mandabais agentes y emisarios, y el Gobierno estaba perfectamente enterado de todo; y por eso cuando en una de esas reuniones, creyendo que en Madrid no habían quedado fuerzas, decidisteis intentar algo en esta capital, se interpuso el camino de vuestras esperanzas locas para que desistieseis de ellas, sin causaros daño, y os mostré en una revista las fuerzas de que disponía.

cuya cuarta parte bastaba para apastarlos en diez minutos, y eso sin contar la milicia ciudadana y el buen espíritu de la población, que estaba al lado del Gobierno. Esto, en efecto, bastó para impedir que realizárais vuestro temerario propósito. Además, lo que yo he indicado es público y notorio, pues lo habéis dicho á cuantos han querido oír. Por consiguiente, es indudable que todos estáis comprometidos. Y no digáis que no podríamos habérselo probado, pues cuando el Gobierno no ha intentado probarlo, es que no quiso la prueba, es que no quiso castigaros, sino perdonaros.

Y acaso os atreveréis á negar lo que dicen aquellos de vuestros compañeros que han cum-

plido valerosamente sus compromisos? ¿Es que además de la desgracia que sobre ellos pesa, vais á arrojar la deshonra llamándolos calumniadores? Pues si no podéis menos de confirmar lo que dicen, entonces confesad que el Gobierno ha podido probaros vuestra participación en la insurrección, pero no ha querido.

En cuanto á lo de que algunos de vosotros deberíais llevar un grillete en un presidio, esto no debe ofenderos. Yo fui condenado á muerte en garrote como un parricida, y sin embargo, ni mi padre me consideró indigno, ni mi hijo se avergonzó de llevar mi apellido, ni mis amigos dejaron de tenderme la mano con toda efusión. Si yo hubiera faltado á mis compromisos de partido, mi padre y mi hijo me hubieran disculpado; pero abandonado de mis amigos, habría tenido que meterme en un rincón á llorar la vergüenza de haber faltado á mis compromisos. Pues escoged vosotros entre la pena á que por la ley os habéis hecho acreedores, y la vergüenza ante vuestro partido por haber faltado á aquellos. Y por cierto que al decirlos que merecáis el grillete, me equivoqué; pues con arreglo al Código penal, los que inducen, promueven ó acuden a la rebelión deben sufrir la pena de muerte.

He sido bastante franco para decir que en la cuestión de ayuntamientos hemos faltado, pero porque no podíamos menos de faltar. ¿Qué habíamos de hacer con ayuntamientos como los de Vall, Farragosa y Tortosa, y con otros muchos cuyos individuos eran jefes de partidas ó fomentaban la sublevación, y no teníamos leyes á qué atenernos? ¿Habíamos de dejar que la sublevación se aumentara, que la sociedad desapareciera? ¿Es eso lo que se pretendía? Pues eso no lo podía hacer ningún Gobierno que se estimara en algo. ¿Estamos en un país como Inglaterra, en donde todo está previsto? Si se hubiera tratado de uno ó dos ayuntamientos, podría haberse esperado á toda la tramitación de la ley; pero cuando los ayuntamientos eran el verdadero sosten de la sublevación, ¿había de dejar que se propagara?

Pero se dice: ya que las circunstancias obligaron á destituir esos ayuntamientos, repóngalos. Señores, ¡qué grande escándalo! ¿Los que faltaron á la ley, ir á reemplazar á los ciudadanos que hicieron el sacrificio de ocupar sus puestos en el momento del peligro, dándole un puntapié? ¿Se puede hacer esto? ¿Con quién había de contar luego el Gobierno? Bueno es que lamentemos mal, que deploréis el haberos quedado sin vuestros ayuntamientos, sin vuestras diputaciones y sin vuestra milicia, como decís con mucha propiedad; pero vosotros tenéis la culpa.

«Que los ayuntamientos no habían hecho nada! Señores, esto no se puede decir con seriedad. ¿No hacían nada, y pasaban órdenes condenando á la confiscación y á pena de la vida á los que no ayudasen á los insurrectos? Verdad es que ha habido algunos que se han quedado á ver venir, pero no sin haber tomado las disposiciones necesarias á su intento.

Ha sucedido en esto lo que siempre: que de muchos que se alistaban al combate, algunos se quedan en casa; pero hubieran secundado si hubieran podido, y el Gobierno ha hecho bien evitarlo.

En lo demás, si se ha violado el domicilio, si se han impuesto destierros, el Gobierno no ha faltado á las leyes, porque para eso eran las facultades extraordinarias.

Aquí temerariamente y lealmente expuesta la conducta del Gobierno, que somete á vuestro fallo, en la seguridad de que si ha podido faltar algo, ha salvado al país de un gran cataclismo.

Se dice que en la insurrección no se ha hecho más que defenderse de los ataques contra los derechos individuales, dados por las circulares del ministro de la Gobernación. Yo no he podido conseguir ese resultado, sino el Gobierno; si fuera verdad, habría hecho un gran bien al país; pero eso se debe á todos; no me atribuyáis á mí tanta gloria.

Pero vais á saber quién ha promovido la sublevación, por boca de un republicano, por la del Sr. Suñer; oídle bien. Dice así:

«Pues yo digo que los desastrosos resultados obtenidos deben obligaros á confesar que desde la revolución de Setiembre hemos seguido, por lo general, por mal camino.

El Gobierno ha triunfado de nosotros porque las clases conservadoras se han puesto unánimes y respetuosamente á su servicio. Nuestra inquietud, algunos hechos no imputables, pero imputados al partido, las amenazas constantes de ciertos clubs y ciertos periódicos, la excitación continua á la insurrección y el incesante llamamiento á las armas, han sido parte á producir en las gentes acomodadas un gran miedo natural ó afectado á la revolución republicana federal.

Sírvanos lo acontecido de lección. Tomemos ejemplo de la Francia que, desviándose de la senda revolucionaria tradicional, adopta el método inglés, que consiste en inducir sobre el Gobierno por medio de los dos únicos y grandes medios de los pueblos modernos: la prensa y las manifestaciones pacíficas; y después de ellas, y como expresión genuina del pensamiento nacional, la elección de los representantes para todas las corporaciones.

Actualmente se agitan en Francia unos cuantos buenos republicanos, pero locos, que quisieran repetir en ella lo que todos nosotros, más locos todavía, hemos hecho en España.

No; la agitación frenética, las barricadas, los tiros, el incendio y los asesinatos aprovecharán siempre más al Gobierno que á nosotros.

Sepamos bien una cosa: con la violencia es imposible que conquistemos jamás para la república federal á las clases ricas; pero ellas, ó gran parte de ellas, se vendrán á nosotros el día que probemos que la república es la paz, la justicia y el orden. Y para probar todo esto, yo no conozco más que un procedimiento: predicar calmadamente en la prensa y en los clubs, y sobre todo dejar á un lado el fusil y armarlos de todas armas con el boletín electoral.

Ignoro lo que resolverá el partido; y por mi sé que es esto lo que he resuelto.

Y más adelante añade:

«Los hechos recientes me han probado que la guerra es un miserable recurso, y que alguna parte de mis correligionarios no ha depuesto todavía los instintos feroces del hombre primitivo.

Ni mis fuerzas físicas, ni mis gustos intelectuales, ni mis inclinaciones morales me llevan á la destrucción. Basta de armas para mí, y me atrevo á aconsejarlo, si puedo yo aconsejar, basta de armas para el partido.

No quiero vivir entre dos fuegos. Si me hubiesen cogido los monárquicos, tal vez me hubieran fusilado (no, nosotros no le hubiéramos fusilado); los republicanos, los míos, por poco me fusilan.» (Esto es lo que ha sido verdad.)

No os incomodéis, pues, conmigo, señores republicanos, ni trateis de establecer comparaciones entre el Sr. Zorrilla y yo: si cambiáramos de cartas, el Sr. Zorrilla sería reaccionario y yo liberal.

Creo que, como decía el Sr. Suñer, habéis errado el camino y que vuestras luchas con nosotros debieron ser las pacíficas luchas de la inteligencia, que se dirigen á educar al pueblo enseñándole á amar la libertad.

Equivoquéis el camino, porque si sois de hecho y de derecho hijos de la revolución, no debéis querer heredarla á costa de su vida; porque si ella muere quedareis para siempre desheredados: equivocáis el camino, porque la libertad no es el caos, ni la anarquía, ni el motín, ni la insubordinación; equivocáis el camino, porque devorados por la fiebre de una idea, no os acor-

daís de que ayer érais esclavos y hoy sois libres como en el país más libre del mundo.

Pues bien, señores; si habéis errado el camino, y esto no solo os lo digo yo, es lo dice vuestro amigo el Sr. Suñer, volved al bueno; y ya que habéis hecho imposible la república, no hagáis también imposible la libertad.

El Sr. FIGUERAS: Este debate, señores, marcha en una senda muy premiosa por una porción de circunstancias que todos conocéis. Próximas á suspenderse las sesiones, era preciso terminar una cuestión tan importante, y yo voy á rectificar con mucha brevedad, y solo lo hago porque hay algunos puntos muy importantes en el discurso del señor ministro de la Gobernación.

Es cierto, señores, que el Gobierno ha tenido benevolencia para no aplicar la pena de muerte á delitos políticos; pero nosotros la hemos pedido para todos, porque no queremos que al lado del poder esté el verdugo.

Dice S. S. que no ha acusado al federalismo, sino á las predicciones de ciertos federales sobre los repartos intentados. Pues esos repartos se han hecho muchas veces como medidas legislativas, y se han hecho siempre que ha habido perturbaciones, aunque hayan sido en sentido progresista.

En cuanto á lo del año 93, el Sr. Orensé dijo que lo quería sin sangre.

Dice el Sr. Sagasta que el Gobierno no nos ha llevado á los tribunales porque ha querido perdonarnos. Pues yo le digo á S. S. que no nos ha llevado porque sabía que nada nos podría probar, y hubiera sido un escándalo inútil, como lo han sido las causas incoadas.

Yo acepto la confesión de que S. S. ha faltado á la ley en la cuestión de ayuntamientos; pero no persevero S. S. en el error, y derivárais los cargos de que los ha despedido. Si no lo hace, S. S. sabrá con qué fin; yo no puedo creer que esto sea legal.

S. S. dice que su vehemencia es por la libertad y que quiere defenderla á toda costa. Pues ese argumento le pueden aprovechar contra su señoría los que vean en su gobierno un obstáculo para la libertad. El peligro verdadero para esta es realmente S. S. Deje S. S. la senda que sigue, porque de otro modo la libertad perecerá y los liberales entraremos en una tremenda lucha.

Prévia la oportuna pregunta, las Cortes acordaron pasar á otro asunto.

El Sr. Moret ocupó la tribuna y leyó el dictamen de la comisión de presupuestos, que se anunció se imprimiría, repartiría y señalaría día para su discusión.

El señor VICEPRESIDENTE: (Cantero): Orden del día para el día 3 de Enero de 1870: dictámenes de peticiones.

Se levanta la sesión.

Eran las ocho.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 20 DE DICIEMBRE DE 1869.

MÁS SOBRE LA LEY DE MANCEBIA.

I.

Nuestros lectores habrán leído con dolor igual al que á nosotros nos causó su publicación, el proyecto de ley presentado á las Cortes por el señor ministro de Gracia y Justicia con el título impropio de ley de matrimonio civil.

Calificamos de impropio el nombre dado por el Sr. Ruiz Zorrilla á su anti-católico y anti-moral engendro, porque hasta ahora en lengua castellana se ha llamado siempre *mancebía* á lo que S. E. denomina matrimonio; y mientras la Academia de la lengua, ó voluntariamente ó en virtud de un decreto del Gobierno (que capaz es de darlo el actual), no modifique el Diccionario, creáramos cometer un vicio de lenguaje que tiene su nombre en los libros de gramática, si siguiéramos el ejemplo del señor ministro innovador.

Quisiéramos discurrir con calma, como exige la gravedad del asunto, y no nos es posible. Los lectores que nos conocen, comprendiendo por la suya la pena de nuestra alma, deberán dispensar por hoy si el artículo que comenzamos á escribir revela, con su decaimiento y desigualdad, la languidez y amargura que siente el corazón.

Tenemos á la vista el proyecto de Zorrilla, lo tocamos con la mano, escribimos encima de él, y nos parece imposible que haya habido español capaz de concebirlo, y bastante osado para proponerlo á la aprobación de unas Cortes españolas.

«¿Qué es, en religión, el señor ministro de Gracia y Justicia? ¿Qué se propone con la nueva ley? No acertamos á descifrarlo, porque no nos atrevemos todavía á formar de S. E. el concepto que su última obra dá sin duda derecho á formar.

«Es por ventura católico? Ciertos estamos de que S. E. se ofendería si lo dudáramos, y acaso nos llevaría á los tribunales por calumniadores ó por reos de desacato. Pero en ese caso, ¿cómo propone un proyecto de ley que es esencialmente anticatólico? El señor ministro tomaría á injuria que pusieramos en cuestión su amor á la moralidad; pero ¿cómo siendo así, presenta una ley que solamente puede favorecer á la irreligión y á la inmoralidad?

«Dejemos de buscar la clave de este enigma, prescindiendo del sentimiento, y vamos á hacer algunas consideraciones sobre este importantísimo asunto.

Hay un momento crítico en la vida humana, en el cual, separándose el hombre de la familia que le dió ser, vá en busca de los elementos necesarios para formar otra familia nueva, propia, suya, de la que él sea el padre.

Llora y rie el niño sin saber por qué; juega, se divierte, ama y aborrece el joven con afición pasajera, mientras su espíritu se educa y su cuerpo adquiere el debido complemento de organización. Pero cuando esto se ha hecho, cuando el cuerpo se siente colmado y el espíritu ha adquirido conciencia clara de su destino y de sus fuerzas, el hombre experimenta en sí mismo la necesidad de fijarse en algo para pasar y utilizar el tiempo que deberá peregrinar sobre la tierra, la necesidad de depositar en alguien el afecto que rebosa su corazón, la necesidad de quien le ayude á cumplir la ley de procreación intimada á todos los seres dotados de vida que impuso desde el principio el Criador. Cuando ha llegado para el hombre esta época, parece que una voz secreta y misteriosa le repite al oído aquella palabra del Génesis: «No es bueno que el hombre esté solo.» y abrumado bajo un peso que hasta entonces no había sentido, huye de la soledad que le mata, y anda de una á otra parte desasosegado y perdi-

do, hasta encontrar el *adjutorium simile sibi* que comparte con él los trabajos y felicidades que ha de encontrar al paso en el camino que lleva al sepulcro, ayudándole á llenar todos los fines de la creación.

«Acto solemne y trascendental, de cuyo acierto depende la dicha del hombre y el cumplimiento de sus altos y eternos destinos!

Para esta unión debe buscar cuanto es posible, el *simile sibi*, según el lenguaje bíblico, así física como moralmente. La disparidad física podría impedir el principal efecto del matrimonio; la semejanza moral pudiera llegar á impedirlos todos, á convertir en infierno el cielo de esta vida, y hacer fuente de acerbos dolores lo que Dios ha querido que fuese manantial de consuelos, de honestos placeres y de purísimas satisfacciones. Platon explicaba esta idea por medio de una fábula ingeniosa, diciendo que para la unión matrimonial han de buscarse las dos mitades del alma que habiendo sido una sola en una vida anterior, vinieron separadas á la presente.

En encontrándose esas dos mitades de alma según la mitología, ó las dos almas semejantes una á otra, según la verdad, el hombre y la mujer contratan ciertamente, porque nunca el hombre debe obrar guiándose solo por el instinto ciego; pero ¡cuán diferente es ese contrato á todos los demás que puede realizar!

El objeto final del contrato de matrimonio obliga á una serie de actos y trae consigo consecuencias, cuya duración é importancia no está en manos del hombre acortar ni disminuir, actos en los cuales debe emplear el alma y el cuerpo, facultades y sentidos, exponiendo en ellos todo su ser; consecuencias que afectan no solamente á los contrayentes y sus parentelas, sino también á los hijos y descendientes que esperan de su unión.

En los demás contratos el hombre entrega el todo ó parte de los intereses que llama suyos, pero que jamás la propiedad pudo confundir en una misma cosa con él; en el contrato matrimonial se entrega á sí mismo, sin reserva alguna, la parte física y la parte moral, poniendo su cuerpo, su inteligencia y su voluntad al servicio de la persona que en cambio le da otro tanto, y á la cual engañaría traicionariamente si intentara reservarse para sí y para usarios apartar algún afecto, algún pensamiento, algún período del tiempo que han de vivir. Así lo exigela naturaleza y fines naturales del matrimonio.

Maravillosa unión que funde dos voluntades en una sola voluntad, sin perjuicio de su libertad individual respectiva, bajo el concepto de la responsabilidad moral, auna dos inteligencias dirigiéndolas á un mismo objeto, y confunde dos amores en un amor, llenando dos corazones encerrados en cuerpos distintos con un solo y mismo amor, suma y resultado de la unión de entrambos!

En los contratos comunes es la razón la que obra, calculando los resultados probables y las ventajas que se pueden esperar, procurando desprenderse de toda afección para proceder con más clara imparcialidad; en el del matrimonio, por el contrario, la determinación parte primero y principalmente del corazón, entrando la inteligencia más bien que como parte directamente interesada, como ayuda para descubrir los obstáculos y evitar las sorpresas desgraciadas.

Adán discurrió bien poco cuando se vió en presencia de Eva: «Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» exclamó, y á más desde aquel momento al ser semejante á él, que le presentaba el Señor.

Mas, como hemos indicado, las consecuencias del matrimonio no se limitan á los contrayentes. El desacierto en la elección de consorte ó el mal cumplimiento de los deberes correspondientes á ese estado, pueden dar origen á descendencias enfermizas y raquíticas, y á una serie de generaciones inmorales ó al menos que lleven el germen de poderosas tentaciones, que solamente con una voluntad heroica y gracia especial de Dios podrán resistir.

Equiparar, pues, el matrimonio á los demás contratos, es rebajarlo, es quitarle la aureola de dignidad y de gloria de que le ha circundado la misma naturaleza, es invadir los derechos de esta y atentar á sus leyes, es ¡conculcar los derechos y las leyes de Dios.

La frase «matrimonio civil» ó es vicio de lenguaje ó expresa una idea no solamente antirreligiosa, sino antifisiológica, antihigiénica y antinatural. «A los ojos de la fisiología, y de higiene, dice uno de nuestros mejores higienistas contemporáneos, el matrimonio es algo más que un contrato puramente civil; es el ejercicio natural y legítimo de la afección y del instinto gineciaco, autorizado por la sociedad y santificado por la religión.»—«Si atendemos al verdadero sentido del matrimonio, la mujer que quiere una cosa diferente de la que quiere su marido, ó el marido que tiene una voluntad diversa de la de su mujer, comete un adulterio moral, dice Elias Regnaud.»

«Estaba reservado al liberalismo moderno llevar su mano de hierro hasta el santuario de las afecciones íntimas del corazón, querer sujetar á sus leyes el más poderoso instinto, y extender su despotismo hasta el gobierno de las almas, que Dios se reservó!

Dios presidió y santificó por sí mismo el primer matrimonio, intimando de tal manera su voluntad á los hombres, en esta parte, que permaneció indeleble en medio del caos de las mitologías y fué llevada á todos los pueblos, sobreviviendo en cierto modo á la idea del mismo Dios.

No hay memoria de pueblo que no haya considerado como cosa sagrada la formación de una nueva familia, rodeando el acto de ceremonias augustas y poniendo su cumplimiento al abrigo y amparo de la religión.

Los sectarios de Brama encienden el fuego del matrimonio con el madero sagrado; los de Confucio celebran el contrato en la pagoda, y no se tienen por esposos hasta haber recibido la bendición del Sacerdote; los de Jöhi hacen largas ceremonias en la colina designada por el bonzo, bajo la dirección de este; los de Zoroastro no se casan antes que el Sacerdote les diga: «Es la vo-

luntad de Oromares que tengais bienes, descendencia y larga vida. En Egipto, en Grecia y en Roma cuyas instituciones son más conocidas, el matrimonio era también cosa sagrada, y su celebración se hacía con ritos religiosos. Las sectas separadas del catolicismo que han abolido los demás sacramentos, no osaron atacar el del matrimonio, conservando para celebrarlo la antigua liturgia de la Iglesia.

La doctrina del matrimonio civil es enteramente moderna; no fué conocida de ningún pueblo hasta los tiempos de la revolución francesa. Si se quisieran buscar antecedentes más remotos, sólo se hallaría algo semejante entre aquellos géneos perturbadores é inmorales de los peores tiempos de la Edad Media, que no pudieron llegar á formar cuerpo de secta ni á tener más influencia social que la que tienen los ladrones y criminales de cualquier género.

Tales son los ascendentes de los partidarios de la mancebía legal, llamada, no sabemos por qué, matrimonio civil.

Volveremos á tratar de esta materia.

NUEVO DISCURSO DE CASTELAR.

El Sr. Castelar parece que se ha propuesto dar lecciones de monarquismo á los buscadores de monarquías de paja. Lo dijimos días pasados y lo repetimos hoy: el Sr. Castelar es monárquico de corazón, tiene el sentimiento de la antigua monarquía castellana con un vigor desconocido completamente para casi todos los diputados que, por cálculo, se han comprometido á traer un rey para España.

Por cálculo, sólo por cálculo abriga la mayoría del Congreso propósitos de votar un rey. Empezando por Prim y acabando por Rojo Arias, todos los monárquicos liberales de la Cámara son incapaces de amar; ¿qué decimos amar? de entender siquiera el carácter de la institución que quieren reedificar. Y como las monarquías no se levantan sobre los cálculos y los intereses de un partido que es por su esencia antimonárquico, resulta que aquí se trata de representar una tristísima comedia cuyo desenlace puede ser muy funesto para los actores.

Castelar dijo á Prim: «S. S. nos aplaza para dentro de algunos años, y es preciso que tenga en cuenta que las monarquías no se fundan para años sino para siglos y que necesitan más sólido fundamento que la voluntad de S. S.»

Evidente: las monarquías ó son seculares ó no son propiamente monarquías: ó se fundan en las tradiciones, costumbres, leyes y sentimientos de un pueblo ó nacen muertas. La voluntad de Prim ó de otro hombre que valga más que Prim, es insuficiente para fundar una monarquía, por más que baste para traer un reyzeño cualquiera apoyado en la fuerza de unos cuantos batallones, que luego se encargarán también de derribarle ó de dejarlo caer. Pero el pueblo español es monárquico, como se dirá; de modo que la monarquía tiene ya la base principal para ser reedificada.

El pueblo español es efectivamente monárquico, pero de distinta manera que lo son los diputados constituyentes: el pueblo español que vio indiferente caer un trono sin prestigio, sin autoridad y sin fuerza, un trono que era sombra del trono de España, no puede ser afecto á la monarquía constitucional, por más que se disfraze con el nombre de democrática. Es, pues, evidente que ó debe amar otro género de monarquía ó debe ser republicano. Ni Castelar ni nadie se ha atrevido á decir que el pueblo español es republicano en su mayor parte: luego es monárquico, no constitucional. En efecto, salvo los que tienen interés en apoyar al Gobierno, ningún español hace el más pequeño sacrificio por restaurar la monarquía liberal que sucumbió en Setiembre de 1868, y no por desamor á las personas, sino por odio á la cosa. Para el pueblo lo mismo da que el monarca se llame Isabel II, ó Tomás I, ó Alfonso XII, ó Juan III, emperador; todos estos le son igualmente antipáticos, porque todos ellos representan igualmente el principio monárquico liberal. Presentadle, en cambio, un príncipe que lleve en sus manos la enseña de la antigua monarquía, ungida con el óleo santo y circundada con la brillante aureola del derecho cristiano, y veréis cómo el pueblo se agrupa en derredor de aquella bandera, esencialmente española y popular.

No sostendremos nosotros que el sentimiento monárquico esté hoy tan arraigado en el corazón del pueblo como hace dos ó tres siglos. Pero fuerza es convenir que el Sr. Castelar anduvo muy exagerado en atribuir á las artes modernas tendencias completamente anti-monárquicas. Tuvo que rebuscar citas y alterar el sentido de algunas para probar su intento.

Si hoy no se pintan las *Meninas*, pintase la noble figura de María Antonieta, irradiando luz en medio de las tinieblas del calabozo de la *Conciergerie*. Si hoy se hace la apoteosis de los puritanos fundadores de la república norteamericana, no falta quien trace con inspirado pincel la hermosa faz de la Reina Católica moribunda, ó el vigoroso perfil del Cardenal Cisneros humillando la soberbia de los grandes, ó la arrogante y piadosa figura de Cristóbal Colon tomando posesión de las Américas en nombre de Dios y del Rey de España. Y junto á los poetas que cantan la *libertad* de Riego, hay *Zeas* que cantan el heroico monarquismo de Cabrera; y al lado del populacho soez que aplaude el *Carlos II*, está el público ilustrado que aplaude el acto tercero de *La Maya*, en que Felipe IV aparece como tipo de reyes españoles, celebrando una fiesta religiosa popular, y rodeado del sacerdote y familiar del Santo Oficio Lope de Vega, y del libre, pero furibundo realista, Quevedo.

Por este lado, el Sr. Castelar no tiene razón para dejar de ser monárquico de veras, como él lo sería si dejase hablar á su corazón. La monarquía está desprestigiada, sí, pero es la monarquía liberal, la monarquía de Prim, Sagasta y Figuerola, porque si es verdad que hay Figuerolas capaces de pedir cuentas á los reyes hasta del corchete con que sostenían el manto real sobre los hombros, no faltan héroicos defensores del

trono legítimo que al cabo de treinta años de emigración y de contrariedades dan sus pobres haberes y su vida entera para el servicio del rey.

Compare el Sr. Castelar; medite en la soledad de su conciencia y diga si hay todavía ó no en España elementos para levantar la institución, á la cual están unidas todas las glorias y toda la grandeza de la patria de los Carlos y Felipes.

ARBITRARIEDAD MINISTERIAL.

La sesión del sábado, sesión de despedida entre los padres de la patria, fué la más agradable y cordial que imaginarse puede. Los diputados, como decíamos anteayer, se vuelven á sus casas, rebotando de satisfacción, pensando en la felicidad de España y en la justicia, equidad y patriotismo del Gobierno; y los ministros por su parte, para recrear el ánimo fatigado, se marchan de caza, á pasar alegremente las Pascuas entre comilonas y jolgorios. Alguno descansa han de tener estos honrados Catones y severos Cincinatos, que se están sacrificando por el bien de la patria y por el exacto cumplimiento de las leyes.

Diganlo si no, los resultados. Basta pasar la vista por el *Extracto* de la sesión del sábado, para convencerse de que este país no tiene nada que envidiar á los más afortunados. *Arbitrariedades* había antes de la revolución, pero en este punto hemos mejorado tanto, que ya no hay más que *arbitrariedad*. El Sr. Sagasta ha encontrado un ingeniosísimo medio para que el Gobierno disponga amplia y desembarazadamente en todo aquello que conduzca á salvar el orden y asegurar el poder. Después habrá todavía quien diga que los progresistas no vienen por línea recta del que inventó la pólvora.

Háse tenido siempre y en todas partes por axioma fundamental del derecho, que la ley á todos obliga, sin que pueda eludirse su cumplimiento. Esta fuerza de la ley sirve en manos de los Gobiernos para hacerla respetar ó castigar á los infractores. Cuando la ley es violada, el Gobierno tiene el derecho de castigar en virtud de la ley; sin apoyarse en ella, no puede imponer castigo alguno. El Sr. Sagasta establece, sin embargo, entre el Gobierno y los delinquentes una igualdad perfecta, y como si dijéramos, democrática, derribando todo ese viejo sistema que ha sostenido la sociedad hasta nuestros días. La fórmula del Sr. Sagasta puede resumirse en estas frases: «cuando la ley es violada, el Gobierno tiene que violarla también para estar en igual caso que aquellos á quienes va á castigar.» Esto es: ¿hay ladrones y asesinos? pues el Gobierno debe ser asesino y ladrón para tenerlos á raya; ¿hay quien conspira secretamente para derribar al gobierno? pues el gobierno debe conspirar para derribar á los que están caídos.

Parécenos, ante todas cosas, que aquí resulta un disparate; pobres de nosotros que no entendemos las sublimidades de la ciencia progresista. Nosotros creíamos que en el momento en que el Gobierno falta por sistema á la ley, ha perdido todo derecho, y por consiguiente, el de castigar. Si perturbadores llama á los que no han respetado la ley ó la combaten y les entrega por ello á los tribunales, perturbadores son los hombres del Gobierno cuando pisan la ley misma y deben ser también sometidos al fallo de la justicia. Precisamente el fundamento de la facultad de castigar está en la autoridad y en el respeto á la ley; si no hay esta condición, dígame que se lucha y que se maltrata al vencido; pero no se usurpe el nombre de la ley, queriendo dar á lo que es venganza apariencias de justicia.

El Sr. Sagasta hace el siguiente razonamiento, digámoslo así: «Los republicanos rebeldes contra el Gobierno faltaban á la ley: ¿el Gobierno había de ser tonto y andar-se con escrúpulos legales? ¿qué derecho tienen para que se les aplique la ley los que faltan á ella? De donde resulta que el Código penal se habrá hecho para llevar á la cárcel á los hombres honrados y justos, y que los jueces deben andar á navajazos y á tiros con los bandidos y limpiar el bolsillo á los rateros.»

Hé aquí á dónde conduce al Sr. Sagasta y al general Prim su afán de mando y de poder: á la anarquía y á la supresión de la ley, por inútil; porque para los hombres rectos, no hace falta, y para los criminales y perturbadores basta el palo.

No podía menos de suceder así: los hombres que hoy nos mandan, no han hecho más que conspirar, que es lo único que saben; y así predicaban y practicaban en el Gobierno las doctrinas de todos los rebeldes y sediciosos.

De los cargos hechos por los republicanos al Gobierno, resulta que también durante la insurrección republicana, se han cometido ilegalidades sin número. El Gobierno ha suspendido y depuesto ayuntamientos por docenas, sin expediente, sin formación de causa; ha abusado de su poder, ha desconocido el derecho ageno, ha preso á parlamentarios de paz, cosa jamás vista ni oída, y, para decirlo de una vez, en la represión, castigos, medidas gubernativas y favores, ha obrado como le ha parecido conveniente, sin más limitación ni cortapisa que su propio gusto.

Por supuesto que los republicanos no deben quejarse, porque el magnánimo Gobierno les tapa la boca diciendo: ¿qué podéis exigir, cuando no os he preso ó fusilado á todos como podía haberlo hecho? Esto mismo dijo á los diputados carlistas cuando le echaban en cara sus crueldades, y por cierto que nuestro amigo el Sr. Vinader contestó que agradecía la compasión del Gobierno, como se le agradece á un opresor injusto que se contente con maltratar cuando puede destruir.

La sesión, por lo demás, fué curiosa y divertida. Sagasta acusaba con furor á los republicanos, y éstos al Gobierno, y se levantaban gritando y protestando, promoviendo tumultos y alborotos que no podían dominar los campanilleros y voces del señor Rivero.

Nos escriben de Viena, que el día 13 llegaron sin novedad los señores duques de Madrid y la princesa doña Blanca á la ca-

pital del imperio austriaco. Esperábanlos en la estación sus Altezas reales los duques de Módena que los condujeron á su palacio, donde se hospedaron sus augustos sobrinos algunos días.

El emperador de Austria Francisco José, había salido el día anterior para Hungría, á la inauguración de un ferro-carril, y tanto por esta razón, como por la natural impaciencia de D. Carlos por ver á su augusta madre, los ilustres viajeros saldrán pronto de Viena. Parece que á la vuelta se proponen ver al emperador y á los archiduques, próximos parientes todos ellos de Carlos VII.

No nos dicen si este viaje del rey tiene algún fin político; pero debemos presumir que no será perdido para la causa de la religión y de la monarquía legítima. Reina, en efecto, la más cordial inteligencia entre los soberanos que representan idénticos principios, inteligencia que indudablemente se estrechará más y más con estas entrevistas.

Si la restauración europea ha de tener principio, la más vulgar política comprende que ese principio ha de verificarse en España. Las circunstancias son, en efecto, más propicias en nuestro país que en ningún otro. España está en una situación anómala ó interina de la cual no puede salir hasta la verdadera restauración de la monarquía tradicional, y España es además la nación europea en que la causa del Catolicismo y de la legitimidad cuenta con más numerosos y decididos partidarios. Natural nos parece por lo tanto que las miradas de todos los príncipes católicos se fijen en España.

Con estos antecedentes, y con la política amplia, generosa y nada exclusiva de Carlos VII, política que hemos procurado indicar en algún artículo que acaso no hayan olvidado nuestros lectores, y hallándose el partido carlista—y eso que D. Carlos no se propone ser, no será nunca rey de un partido—hallándose, repetimos, esa gran comoción política nacional, hoy más unida que nunca, parece imposible que la actual situación revolucionaria pueda sostenerse un día más.

A mayor abundamiento, ya no es un misterio para nadie que el ilustre caudillo de Morella trabaja con prodigiosa actividad y con talento y energía en la organización de los elementos conservadores del país, y solo falta que ciertos hombres llamados de orden salgan de su apatía, y presten su decidido apoyo, su concurso legal, el concurso que su propio egoísmo les aconseja, para que amanezca en España el día de paz y de tranquilidad, que ha de ser la víspera de tantos otros días felices para no pocas naciones de Europa.

Nos escriben de Roma que teniendo S. A. el infante D. Alfonso su puesto señalado en la tribuna de los príncipes, el día de la inauguración del Concilio, prefirió prestar su servicio como oficial de zuevos, montando la guardia del Vaticano. D. Alfonso dió á entender con esta conducta que tenía en más estima ser defensor de los Padres del Concilio, que mero espectador, como príncipe, de la augusta ceremonia.

Estos rasgos de piadosa delicadeza son muy españoles y muy propios de una familia nacida para reinar en España.

De algunos días á esta parte es objeto de todas las conversaciones la gran cacería que para las próximas fiestas se prepara en la posesión que tiene en los montes de Toledo el general Prim.

Cuéntase que este *potentado* ha mandado disponer en su castillo feudal cuarenta y dos camas para otros tantos convidados; que el dueño del magnífico almacén de riquísimos muebles que hay en la calle de Alcalá, junto al café Suizo, se ha encargado de amueblar las habitaciones del dicho castillo; que la comida de los cazadores se ha ajustado en diez mil reales diarios; que invitado el Sr. Lhardy para ir en persona á dirigir la cocina y el servicio de las comidas, se excusó, manifestando que no podía dejar en los días de Pascua su establecimiento de la Carrera de San Gerónimo; pero que se ha removido este obstáculo ofreciendo al Sr. Lhardy una buena cantidad por indemnización de perjuicios, con lo cual se ha decidido dicho señor fondista á ir á la posesión de D. Juan Prim.

Las comidas serán de toda etiqueta, asistiendo á ellas los convidados con frac y corbata blanca.

Se ha habilitado la línea telegráfica que con motivo de otra cacería se estableció entre Madrid, Toledo y la posesión del general Prim.

Se calcula que los gastos de la cacería ascenderán á *cuarenta mil duros*.

Ignoramos si hay exactitud en todas estas noticias; pero si es cierto cuanto de público se dice acerca de la extraordinaria esplendidez de D. Juan Prim, nada de cuanto digamos con relación á la cacería debe sorprendernos.

Mas figurémonos que D. Juan Prim fuera un personaje moderado, y moderado también el Gobierno, ¿qué no dirían *La Iberia*, *El Universal*, *El Imparcial* y demás periódicos progresistas! ¿Qué de retenciones, qué de maliciosas insinuaciones no emplearían hablando de los gastos de la cacería de los montes de Toledo!

No dejarían de decir que las fiestas eran un insulto á la miseria del pueblo; que cuando el general Prim acaba de elevarse por obra y gracia de una revolución que ha causado la paralización de la industria y del comercio, la emigración de infinidad de gente y la ruina de multitud de familias, ese lujo y ese desfillo eran una provocación.

Y no se contentarían con esto, sino que dirían otras muchas cosas que sería fácil recordar registrando las colecciones de los que hoy son diarios ministeriales y hace un par de años estaban en la oposición.

El amor de los revolucionarios al pueblo es indecible. Interin que los establecimientos de beneficencia de Madrid apenas pueden alimentar á los enfermos y acogidos, y el ayuntamiento de Zaragoza no tiene fondos para cubrir los gastos de los hospitales y hospicios, porque el Gobierno no le paga lo que le debe, según nos dijo el sábado en el Congreso el Sr. Soler, los

ministros y la corte de los ministros se van á cazar á los montes de Toledo con el boato, el lujo y la ostentación propios de poderosos monarcas. Sin embargo, un monarca que no fuese un monstruo, no insultaría la miseria del país haciendo alarde de arrojar miles y miles de duros en comilonas y cacerías, cuando el pueblo carece de lo más preciso; cuando se distrae de su objeto el sagrado caudal del pobre, del enfermo y del desvalido; cuando no se paga al corriente el cupón á los tenedores de papel ni los sueldos á los empleados y clases pasivas; cuando el Clero tiene que pedir limosna casi para vivir; cuando España entera llora las desventuras en que la han sumido precisamente los que mañana se entregarán á los placeres de la mesa, de la caza, del juego, permitido por decentado, allá en la espesura de los montes de Toledo.

Parécenos que esto raya en locura, y que nuestros gobernantes obran tan ciegamente, que nadie trabaja más que ellos por nosotros; porque al conocer el pueblo que tanto sufre, el reto, impensado sin duda, que le dirigen sus amigos, ¿cómo no ha de renegar de ellos, y desear que venga pronto quien no insulte su miseria, antes bien la remedie ó cuando menos la deplora?

Sigan, pues, los revolucionarios disfrutando, interin el resto de España padece, que, ó mucho nos equivocamos ó pronto han de concluir los festines. Habríanse degradado los españoles al nivel de los antiguos esclavos, si recibiesen con calma los golpes con que hieren su rostro el látigo de unos cuantos osados con fortuna. No queremos que el pueblo se levante, nada de eso, pero deseamos que tenga dignidad, y que sin salirse de la ley haga entender á la revolución que le sobran medios para desacreditar y echar por tierra á los que, con deshonra política de España, disponen de este país como de tierra conquistada.

Después de entrar en máquina nuestro número del sábado supimos con placer indecible que había sido indultado de la pena de muerte el brigadier carlista Sr. Polo, á quien con este motivo tuvimos ayer el gusto de felicitar personalmente en las prisiones militares de San Francisco.

Faltaríamos á un deber de gratitud si no diésemos por ello las gracias más sinceras á S. A. el regente del reino y al señor ministro de la Guerra; pero al cumplir este deber tenemos que recordar á estos señores que aun les resta que hacer con los carlistas mucho de lo que han hecho con los republicanos. No creemos que personas tan honradas, que caballeros tan cumplidos como los Sres. Polo, Milla, Hormazas, Larumbe, Camacho y tantos otros que sería largo enumerar, merezcan vivir confundidos toda su vida con verdaderos criminales en un establecimiento penal. La ley para evitar la agravación horrible que esta pena supone tratándose de ciertas personas y meros delinquentes políticos, agravación que en algunos casos llega de fijo á causar la muerte, ha concedido al poder supremo la facultad de cambiar la pena de reclusión por la de extrañamiento, mas conforme con el delito y con las fuerzas físicas y morales del delincuente.

Esto es lo que el Gobierno ha hecho con los principales republicanos, y esto es lo que nosotros deseáramos que hiciese con los carlistas, que no está bien en Gobiernos que se estiman, que el público advierta en ellos diferencia de conducta tratándose del alivio de los que sufren.

Creemos que los diputados carlistas que tanto se interesan por la suerte de los pobres presos y que ayer fueron invitados á la mesa del regente, no dejarían de aprovechar esta oportunidad ya para dar las gracias al general Serrano por el indulto del Sr. Polo, ya para pedirle en favor de algunos de los muchos desgraciados carlistas que gimen en las cárceles y presidios. Verdaderamente que en nada mejor pueden los diputados carlistas ocuparse que en mejorar la suerte de sus hermanos, y como sabemos que no se descuidan, nos place manifestarlo y ofrecerles nuestra humilde cooperación para proseguir esta laudabilísima tarea.

En el *Diario de Barcelona* acabamos de ver una larga é importante carta del señor Puig y Llagostera dirigida al general Prim.

Sentimos mucho que la falta de espacio nos impida publicar este documento notable por más de una razón. Pero mañana, si Dios quiere, tendrán el gusto de verle nuestros lectores en las columnas de EL PENSAMIENTO, donde pensamos también hacer un examen detenido de los diversos puntos que abraza el escrito del Sr. Puig.

La Epoca publicó anteayer un artículo en el que, apoyándose en datos irrecusables, se demuestra que la administración del Sr. Figuerola ha sido fatalísima, y que estamos en bancarota.

Después de varias apreciaciones que hace *La Epoca* por su cuenta, recuerda una que hizo el Sr. Figuerola en Febrero de 1866 acerca del estado de la Hacienda:

«Hace poco tiempo, dijo el hoy ministro de Hacienda, el crédito español se cotizaba á 64; nuestra situación financiera no era completamente desahogada; pero cuando hoy se cotiza á 37, podemos decir que entonces estábamos bien.»

La Epoca, aplicando el mismo raciocinio del Sr. Figuerola, dice con mucha razón:

«A mediados de 1868 los fondos españoles se cotizaban de 33 á 34; nuestra situación no era desahogada; pero cuando hoy se cotiza á 23... no debemos contestar, puesto que ya lo ha hecho por nosotros hace dos años el Sr. Figuerola.»

Vuelva Vd. por otra, Sr. Figuerola. Y á propósito de cosas de Hacienda. *La República Ibero* de ayer publicó en su última hora el siguiente telegrama:

«Asegúrase Banco Paris halla muchísimas dificultades para reunir cuarenta millones.

«Esta noche saldrá para Madrid monsieur Daru.»

Este Mr. Daru parece que es uno de los directores del Banco de París. Los cuarenta millones (de francos) de que habla el despacho teleográfico, forman parte, según dice

el diario republicano, de la segunda negociación que el ministro de Hacienda llevó á cabo con la mencionada sociedad, y están destinados al pago del cupón de la deuda exterior.

Lucido quedaría el Sr. Figuerola si se confirmaran las noticias del despacho teleográfico de que se trata, y lucido quedaría el crédito de España. Lo que hay que temer, como indicó *La República Ibero*, es que la venida de Mr. Daru ocasione una tercera operación de crédito que sea peor que las anteriores. De operación en operación veremos en qué viene á parar el desdichado empréstito de mil millones.

Contestando á un artículo de *La Iberia* en que este periódico dijo que ya no quería la conciliación, *La Política* se entretiene en sacar las consecuencias de la ruptura definitiva de los partidos coaligados, y con tono de lástima viene á decir á *La Iberia* que no duraría el Gobierno de Prim ni veinticuatro horas. El general Serrano y el brigadier Topete volverían á empuñar las riendas del partido vicalvarista, y á ellos, según *La Política*, se unirían algunas personas notables del progresista y aun del democrático, deseados de orden y aun hastiados de revueltas: los republicanos no transigirían nunca con los progresistas, y estos si pretendían avanzar hasta la república morirían antes. *La Política* aconseja á *La Iberia* que haga alto en sus alaracas. Verdad es que tiene la dignación de intitular su artículo *No saben lo que se dicen*, lo cual significa que los unionistas se contentan por ahora con dar un desdén—so puntapié á sus aliados. Cuando los unionistas tengan dispuesto todo lo necesario para armar una zancadilla sobre seguro, ya no será el puntapié del desden, sino el empujón de la rábala lo que los conspiradores de siempre darán á los tontos de siempre.

Ya tenemos deseos de que se acaben estos dimes y diretes de verduleras con que se combaten *La Política* y *La Iberia*, y den principio los espectáculos que España entra previó desde el 29 de Setiembre de gloriosa memoria.

Dos periódicos hablan de dos regalos que en otro tiempo hizo doña Isabel II á dos personajes que figuran en primera línea.

Uno de los objetos regalados es un riquísimo baston que perteneció á Fernando VII. El otro es una llave de gentil hombre con diez brillantes, tasada en 10,000 duros.

¿Son estas alhajas de aquellas á que se ha referido el Sr. Figuerola? Si así es, los poseedores de las mismas se apresurarán sin duda ninguna á entregarlas al Estado para no aparecer como cómplices del supuesto robo, como dice oportunamente un periódico.

CORREO DE HOY.

Dice un telegrama de Roma del 17 de Diciembre:

«La congregación general anuncia la para hoy se ha aplazado porque por razones de acústica no puede celebrarse en la sala conciliar de San Pedro.»

«En esta sala se celebrará solamente las sesiones.»

«Parece que se ha adoptado que las congregaciones se reúnan en el *atrium* superior de la Basílica; pero el adorno y mueblaje del local, necesita tiempo y muchos gastos.»

«El Cardenal Mathieu ha pedido licencia á los *judices accusatorum* para ir á conferir órdenes á su diócesis.»

En la segunda congregación general de los Padres del Concilio, se hizo el escrutinio de las votaciones verificadas en la primera congregación, dando el siguiente resultado:

Judices Excusatorum.

Reverendos señores: Pablo Melchers, Arzobispo de Colonia.

«Bienvenido Monzon y Martin, Arzobispo de Granada.

«Joaquín Limberti, Arzobispo de Florencia.

«Juan Bautista Sandriot, Arzobispo de Reims.

«Francisco Pedicini, Arzobispo de Bari.

Judices querelarum et controversiarum.

«RR. SS. José Angelini, Arzobispo de Corinto, in partibus.»

«Gaspard Mermillod, Obispo de Hebron, in partibus, Vicario Apostólico de Ginebra.

«Inocente Sannibale, Obispo de Gubio.

«Juan Rosati, Obispo de Todi.

«Antonio Casori, Obispo de Ciréne.»

Porque algun Prelado *ha pedido permiso* para ausentarse de Roma á celebrar órdenes, los revolucionarios de Francia dicen, según vemos en el *Telegrafo*, que se disolverá el Concilio antes de empezar las sesiones.

«Ciegos ó locos tienen que ser los que así piensan.»

El Papa ha devuelto la visita á la emperatriz de Austria y á SS. AA. RR. los grandes duques de Toscana.

Continúan llegando noticias alarmantes de Irlanda. A juicio de Mr. Gladstone el peligro mayor existe en los condados protestantes del Norte.

El Telegrafo Autógrafo de París publica el párrafo siguiente que no deja de tener importancia:

«Los príncipes de la familia de Orleans y el Conde de Chambord se reunirán dentro de algunos días en el palacio de la duquesa de Saxe-Coburgo-Gotha. Los legitimistas franceses conceden á esta noticia grande importancia.»

Según las últimas noticias adelanta notablemente la construcción de la iglesia de Santa Ana en Jerusalem y la del santuario conocido bajo la advocación del *Pater Noster*.

Todos los días llegan á Roma extranjeros de distinción y de ellos componen el mayor número los individuos pertenecientes á la antigua nobleza de Francia.

BOLSA DE HOY.

Consolidado, pub., 23-50 y 55; pequeños, 23-70; á plazo, 23-60 fin cor. fr.; 23-55, 60 y 55 fin próx. fr.

Tít. del 3 por 100 procedente del diferido, publicado, 23-40, 35 y 30.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 2.ª serie, pub., 90-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles, publicado, 44-75; á plazo 44-75 fin cor. vol.

Acciones del Banco de España, no publicada, 130-00 p.

